

# Pasión por leer

## LECTURAS PARA EL VERANO

### LA SUERTE DE LA FEA LA LINDA DESEA ISIDORO BLAISTEN

Era más fea que lobizón con redecilla, pero tenía suerte. Compraba una rifa de Navidad y se sacaba todos los huérfanos de Dickens, compraba un número de la tómbola de Bruselas y se sacaba todos los repollitos, compraba un billete de la lotería de La Rioja y se sacaba todos los caudillos.

Caminaba por la calle, procurando que el mundo no la vea, y a su paso encontraba de todo: lebreles de plata, caduceos de oro, dia demas de berilo, tiaras de ópalo, sayales de púrpura.

Tanto había acumulado, que nadaba en la abundancia: crawl, pecho, espalda, mariposa, over, cualquier estilo.

En cambio, la pobre linda que tenía piel de alabastro, cutis de colegiala, labios de coral, dientes de perlas, boca de grana, cuello de cisne, ojos de azabache, caderas hospitalarias, senos turgentes y cintura de avispa, no pegaba ni una.

Vestida de percal, para ganar el pan amargo y duro, iba cual todas las mañanas camino del taller.

Y aconteció que, una mañana de primavera en que había en el aire violines elitrosos, la vio el príncipe azul. No bien la vio, detuvo el corcel, ató las bridas al pie de la media estatua de Don Quijote sita en Lima y Avenida de Mayo y caminó presuroso detrás de la linda.

—Linda, dinos el motivo de tu encanto y atractivo —dijo el príncipe azul en cuanto estuvo al lado de la linda.

—Mi secreto es evidente —dijo la Linda—. No tengo niente. Voy cual todas las mañanas para ganar el pan amargo y duro, camino del taller.

—¡Cómo así! —exclamó el príncipe Federico (el príncipe azul se llamaba Federico)—. La crisis no debe recaer sobre las espaldas de la clase obrera. La variable de ajuste no puede ser el salario de los trabajadores.

—Así es la vida, Federico —dijo la linda—. Ya sabes por ti mismo muchas cosas y otras irás sabiendo lentamente.

A todo esto, lentamente, en sentido contrario, avanzaba la fea. A cada paso levantaba del suelo relicarios de ébano, incensarios de madreperla, jofainas de lapislázuli, pebeteros de malaquita, mariposas de obsidiana.

No bien el príncipe azul vio lo que andaba levantando la fea, giró sobre sí mismo, abandonó a la linda, se puso a la par de la fea y dijo:

—Paloma, cástate conmigo, si vieras el nido que tengo escondido cerquita de aquí.

—Al registro civil —chilló la fea, levantando un aguamanil de peltre con su correspondiente jarra del siglo XVII y un solideo de pana labrada del siglo XVI—. Al registro civil.

El príncipe se demudó.

—Antes —dijo—, celebremos la fecha con un aire de júbilo que cumpla la parábola. Vayamos al Grill "Oriente" a tomar una sidrita.

Fueron. Desde la otra esquina la linda los vio cruzar. Se sintió más triste que un domingo a las seis de la tarde. Se sintió una basura.

—¡Manliba mi suerte perra! —sollozó. Y siguió cual todas las mañanas camino del taller.

Después de la sidrita, el príncipe azul desató el corcel y subió a la fea a la grupa con todo su cargamento, y partieron al galope rumbo al registro civil.

La noche de bodas, la fea comenzó a desnudarse. Fue no más terminar de verla desnuda y el príncipe cayó fulminado, muerto de desolación.

A la semana la fea escribió un libro. A la semana lo publicó: se llamaba *Mi vida junto al príncipe* y fue bestseller mundial. Cobró de regalías, neto, un millón doscientos cincuenta y siete mil dólares con cero sesenta.

*En Cuentos completos, Editorial Emece.*



### XXIII PUESTA DE SOL INTERIOR. MARCEL PROUST

Como la naturaleza, la inteligencia tiene sus espectáculos. Nunca las auroras, nunca los claros de luna que me han hecho delirar tan a menudo hasta las lágrimas, han sobrepasado para mí en apasionada ternura, a ese amplio incendio melancólico que durante los paseos del final del día, matiza entonces otras tantas aguas en nuestra alma, que el sol cuando se pone, hace brillar en el mar. Entonces precipitamos nuestros pasos en la noche. Más que un junete al que aturde y embriaga la velocidad creciente de un animal adorado, nos entregamos temblando de confianza y alegría a los pensamientos tumultuosos a los que, cuanto más los poseemos y los dirigimos, sentimos pertenecer cada vez más irresistiblemente. Es con emoción afectuosa que recordaremos el campo oscuro y saludaremos las encinas llenas de noche, como el campo solemne, como los testigos épicos del impulso que nos arrastra y que nos embriaga. Elevando los ojos al cielo, no podemos reconocer sin exaltación, en el intervalo de las nubes aún conmovidas por la despedida del sol, el reflejo misterioso de nuestros pensamientos: nos hundimos cada vez más pronto en el campo, y el perro que nos sigue, el caballo que nos lleva o el amigo que se ha callado, menos aún, cuando a veces no hay ningún ser viviente a nuestro lado, la flor de nuestra solapa o el bastón que revolea alegremente en nuestras manos febriles, reciben en miradas y en lágrimas el tributo melancólico de nuestro delirio.

*En Los placeres y los días.*

*"Este suplemento es una invitación a la lectura a través de pequeños textos, para que leer sea cada vez más un placer compartido por toda la población, donde quiera que se encuentre. Para que todos puedan sentir la misma pasión por leer"*

Campaña Nacional de Lectura



H 0022629

## LA GUERRA Y LA PAZ

### MARIO BENEDETTI

Cuando abrí la puerta del estudio, vi las ventanas abiertas como siempre y la máquina de escribir destapada y sin embargo pregunté: "¿Qué pasa?" Mi padre tenía un aire autoritario que no era de mis exámenes perdidos. Mi madre era asaltada por espasmos de cólera que la convertían en una cosa inútil. Me acerqué a la biblioteca y me arrojé en el sillón verde. Estaba desorientado, pero a la vez me sentía misteriosamente atraído por el menos maravilloso de los presentes. Las respuestas, que no precisaban el estímulo de las preguntas para saltar y hacerse añicos, estallaban frente a mis ojos, junto a mis oídos. Yo era un corresponsal de guerra. Ella le estaba diciendo cuánto le fastidiaba la persona ausente de la Otra. Qué importaba que él fuera tan puerco para revolcarse con esa buscona, que él se olvidara de su ineficiente matrimonio, del decorativo, imprescindible ritual de la familia. No era precisamente eso, sino la ostentación desfachatada, la concurrencia al jardín Botánico llevándola del brazo, las citas en el cine, en las confiterías. Todo para que Amelia, claro, se permitiera luego aconsejarla con burlona piedad (justamente ella, la buena pieza) acerca de ciertos límites de algunas libertades. Todó para que su hermano disfrutara recordándole sus antiguos consejos prematrimoniales (justamente él, el muy cornudo) acerca de la plenaria indignidad de mi madre. A esta altura el tema había ganado en precisión y yo sabía aproximadamente qué pasaba. Mi adolescencia se sintió acometida por una leve sensación de estorbo y pensé en levantarme. Creo que había empezado a abandonar el sillón. Pero, sin mirarme, mi padre dijo: "Quedate". Claro, me quedé, más hundido que antes en el pullman verde. Mirando a la derecha alcanzaba a distinguir la pluma del sombrero materno. Hacia la izquierda, la amplia frente y la calva paternas. Éstas se arrugaban y alisaban alternativamente, empalidecían y enrojecían siguiendo los tirones de la repuesta, otra respuesta sola, sin pregunta. Que no fuera falluta. Que si él no había chistado cuando ella galanteaba con Ricardo, no era por cornudo sino por discreto, porque en el fondo la institución matrimonial estaba por encima de todo y había que tragarse las broncas y juntar tolerancia para que sobreviviese. Mi madre repuso que no dijera pavadas, que ella bien sabía de dónde venía su tolerancia. De dónde, preguntó mi padre. Ella dijo que de su ignorancia; claro, él creía que ella solamente coqueteaba con Ricardo y en realidad se acostaba con él. La pluma se balanceó con gravedad, porque evidentemente era un golpe tremendo. Pero mi padre soltó una risita y la frente se le estiró, casi gozosa. Entonces ella se dio cuenta de

que había fracasado, que en realidad él había aguardado eso para afirmarse mejor, que acaso siempre lo había sabido, y entonces no pudo menos que desatar unos sollozos histéricos y la pluma desapareció de la zona visible. Lentamente se fue haciendo la paz. El dijo que aprobaba, ahora sí, el divorcio. Ella que no. No se lo permitía su religión. Prefería la separación amistosa, extraoficial, de cuerpos y bienes. Mi padre dijo que había otras cosas que no permitía la religión, pero acabó cediendo. No se habló más de Ricardo ni de la Otra. Sólo de cuerpos y bienes. En especial, de bienes. Mi madre dijo que prefería la casa del Prado. Mi padre estaba de acuerdo: él también la prefería. A mí me gusta más la casa de Pocitos. A cualquiera le gusta más la casa de Pocitos. Pero ellos querían los gritos, la ocasión del insulto. En veinte minutos la casa del Prado cambió de usufructuario seis o siete veces. Al final prevaleció la elección de mi madre. Automáticamente la casa de Pocitos se adjudicó a mi padre. Entonces entraron dos autos en juego. El prefería el Chrysler. Naturalmente, ella también. También aquí ganó mi madre. Pero a él no pareció afectarle; era más bien una derrota táctica. Reanudaron la pugna a causa de la chacra, de las acciones de Melisa, de los títulos hipotecarios, del depósito de leña. Ya la oscuridad invadía el estudio. La pluma de mi madre, que había reaparecido, era sólo una silueta contra el ventanal. La calva paterna ya no brillaba. Las voces se enfrentaban roncas, cansadas de golpearse; los insultos, los recuerdos ofensivos, recrudescían sin pasión, como para seguir una norma impuesta por ajenos. Sólo quedaban números, cuentas en el aire, órdenes a dar. Ambos se incorporaron, agotados de veras, órdenes a dar. Ambos se incorporaron, agotados de veras, casi sonrientes. Ahora los veía de cuerpo entero. Ellos también me vieron, hecho una cosa muerta en el sillón. Entonces admitieron mi olvidada presencia y murmuró mi padre, sin mayor entusiasmo: "Ah, también queda éste". Pero yo estaba inmóvil, ajeno, sin deseo, como los otros bienes gananciales.

*En Montevideanos. Editorial Sudamericana.*



## DRAMA NOCTURNO

### CONRADO NALÉ ROXLO

El niño duerme y en su frente pura  
son los bucles de humo vagoroso y dorado,  
y en la mano de rosas asecura  
el sonajero de reír cansado.  
En la alcoba infantil, como en un nido,  
cubierta con el ala la pensativa frente,  
el Ángel de la Guarda se ha dormido;  
más la luz de sus ojos dulcemente  
atraviesa los párpados y el ala.

Como un río de seda el silencio resbala.

En la estancia contigua,  
como sabe que nadie puede oírlo  
el cucú del reloj canta la antigua  
canción que en Nuremberg cantaba un mirlo.  
De pronto salta un duende por la abierta ventana  
y brota hacia el espejo con trote de ratón,  
tiene los pies de lana  
y en la mano un pedazo de carbón.

Adopta una postura lo más ceremoniosa  
ante el espejo, luego se hace un guiño  
y ríe con su risa feliz de anciano niño  
que le llena de oyuelos las mejillas de rosa.  
Después en la pared más ancha de la alcoba  
con el trazo infantil de su carbón dibuja  
una imponente bruja  
cabalgando en su escoba.  
Una bruja que tiene feas patas de cabra  
y un muchuelo posado sobre el hombro;  
y ríe locamente pensando en el asombro  
que va a tener el niño cuando los ojos abra.

Mas ya despertó el Ángel y en vuelo de paloma  
ha llegado hasta el duende que asustado lo mira;  
con sus dedos de plata por el cuello lo toma  
y sobre el césped del jardín lo tira...  
Y sonrén sus labios con sonrisa indulgente,  
mirando huir al duende con la mano en la gorra...  
Entorna la ventana, suspira dulcemente,  
y con el ala blanca la bruja negra borra.

*En El grillo.*

## Aquí hay teatro para rato

Adela Basch

### Casa locada

**Personajes:** MARTÍN, empleado de una inmobiliaria. CARINA ATTARIA, clienta. DORA BACCARDÍ, clienta.

#### ACTO I ESCENA 1

(Una inmobiliaria. MARTÍN está sentado ante una mesa. Entra CARINA y se sienta frente a él).

CARINA: -Buenas tardes, estoy buscando una casa para alquilar.

MARTÍN: -Buenas tardes. Ha venido al mejor lugar. ¿Cómo quiere la casa?

CARINA: -Quisiera una con mucha luz, jardín y terraza.

MARTÍN: -La luz depende de la cantidad de bombitas que ponga.

CARINA: -Un momento, ¿de qué está hablando? ¡Qué bombitas ni qué milonga! ¿Qué se cree, que yo ando por ahí poniendo bombas?

MARTÍN: -Perdón, no se equivoque. Me refería a las lámparas. Que la casa tenga mucha luz depende de cuántas coloque.

CARINA: -Yo quiero una casa con luz natural. No me gusta nada lo artificial.

MARTÍN: -Los fuegos artificiales son un espectáculo maravilloso.

CARINA: -¿Qué le parece si volvemos al tema de la casa? Busco una que tenga ambientes luminosos.

MARTÍN (se pone de pie y toma una carpeta. La hojea.): -Acá hay una casa con mucha luz. Queda en la calle Godoy Cruz.

CARINA: -Y dígame, ¿tiene jardín?

MARTÍN: -Al lado hay un jardín de infantes. Espero que eso no la espante.

CARINA: -No me espanta. Los niños me encantan. Pero quiero un jardín en mi casa.

MARTÍN: -Pero ¿usted sabe el trabajo que da atender un jardín de infantes? Y además, ¿es maestra jardinera?

CARINA: -Señor, me empiezo a preguntar si usted padece de sordera. Tener un jardín de infantes en mi casa no me interesa. Pero sí quiero un jardín con árboles, plantas y flores, porque amo la naturaleza.

#### ESCENA 2

(Entra DORA, otra clienta).

DORA: -Buenos días. (A MARTÍN) Por favor, ¿me podría atender un momentito?

MARTÍN (a CARINA): -¿Me disculparía un instante?

CARINA: -Sí, cómo no.

MARTÍN (a DORA): -Tome asiento, por favor.

DORA (se sienta al lado de CARINA): -Me voy a vivir a Mar del Plata, y quiero alquilar mi casa. Tiene mucha luz, jardín y terraza.

CARINA: -¡Es justo, justo, justo lo que yo busco!



### ACTO II

(El mismo lugar luego de unos días. MARTÍN está sentado. Entran CARINA y DORA).

CARINA Y DORA: -Buenos días.

MARTÍN: -Buenos días. Pero... si no recuerdo mal, quedamos en firmar el contrato al mediodía, y apenas son las diez.

DORA: -Antes de firmar el contrato quisiera leerlo más de una vez. Por eso vine antes.

CARINA: -Yo también. Me gusta saber bien lo que voy a firmar, para evitar sorpresas desagradables.

DORA: -Y situaciones que pueden tornarse lamentables.

MARTÍN: -Está bien, como digan. Ya lo traigo para que lo leamos enseguida. (MARTÍN se pone de pie, se acerca a un estante y toma el contrato. Se vuelve a sentar). Bien aquí está. Por favor, quiero verificar que sus nombres y apellidos estén bien escritos.

DORA: -Mi nombre es Dora Baccardí, con be larga y doble ce.

CARINA: -Y el mío es Carina Attaria, sin hache y con doble te.

MARTÍN (a CARINA): -¿Y el garante?

CARINA: -Es Carola Nantes, mi tía. Y va a venir al mediodía.

MARTÍN: -Bien, comienzo a leer. "Contrato de locación. En la ciudad de bla, bla, bla, a los tantos días del mes de bla, bla, bla, entre la señora Dora Baccardí, en adelante la locadora..."

DORA: (sobresaltada y ofendida): -¡Eh, un momento! (A CARINA) ¿Usted escuchó lo que acaba de decir este sujeto? (A MARTÍN) ¡Esto es una falta de respeto!

CARINA: (indignada): -¡Sí, es un atrevido!

MARTÍN: -Un momento, acá hay algún malentendido.

DORA (grita): -¡Usted es un descarado!

CARINA (grita): -¡Y un maleducado!

MARTÍN (desconcertado): -Por favor, les pido que no se irriten. Y en lo posible, no me griten.

DORA: -Usted me faltó al respeto y eso no se lo permito. ¡Y por eso grito!

MARTÍN: -¿Dije algo que le causó alguna molestia?

CARINA: -¡Usted es un sinvergüenza y una bestia!

DORA: -Y además, ¡un caradura! ¿Cómo se atreve a acusarme de locura?

MARTÍN: -Pero... señoras...

DORA: -¿No recuerda que me acaba de llamar "la loca Dora"?

MARTÍN: -Por favor, les ruego que me presten atención. Yo sólo estaba leyendo el contrato de alquiler, que se llama locación. Es un término... técnico, ¿saben? La propiedad que se alquila se denomina cosa locada.

DORA Y CARINA: -¡Sí, ésta es una cosa muy alocada!

MARTÍN: -Y locador o locadora, es como se llama a la persona que da en alquiler una propiedad. Se lo digo de verdad. Si quieren voy a buscar un diccionario. Tengo uno en el armario.

DORA: -Mire, sigamos. No puedo estar aquí todo el día.

CARINA: -Además, en un rato va a llegar mi tía.

MARTÍN: -Creo que sería mejor consultar el diccionario para evitar otra confusión con lo que dice el contrato a continuación. (A CARINA) Salvo que usted quiera cambiarse el apellido.

CARINA: -Claro que no. (A DORA) ¿Qué le pasa a este tipo?

MARTÍN: -Le explico: su apellido es Attaria, ¿no? Y como según el contrato, usted es la locataria...

CARINA: -¿Qué dice? ¿Me está tratando a mí también de loca? ¡Pero señor, hágame el favor de callarse la boca!

DORA: -¡Y va a ser mejor que busque otra redacción para su famoso contrato de locación!

En Capítulo 22 de "Aquí hay teatro para rato". Puerto de Palos. Ilustración por Paula de la Cruz.

## El mar no crece cuando sube, sólo se desparrama distinto.

Graciela Bialet

Esas vacaciones de verano nos fuimos a San Clemente del Tuyú, en la provincia de Buenos Aires.

Para cordobeses serranos, mediterráneos y de familia numerosa como nosotros, eran las mejores vacaciones de nuestras vidas.

Si a ello le sumamos que nuestros hijos no conocían el mar, es fácil imaginar cuántas fantasías tejimos, ansiosos por desafiar su gusto a sal y peinar el enrutado vaivén de sus olas.

¡Sí que disfrutamos esos quince días! Todo nos sorprendía: la música marina con olor a pescado, las caricias de arena, las caminatas nocturnas, la búsqueda de caracoles al alba, la magia de las mareas...

Una noche cenando ya de regreso en Córdoba, recordábamos con nostalgia y placer nuestras vacaciones.

Agustín, el mayor de mis hijos, comentó preocupado que no entendía cómo era eso de las mareas, porque el agua "no engorda y después se aflaca, ¿NO?".

Requería una explicación, pero antes que alguien pudiera abrir la boca, su hermana Leticia, mirándolo despectivamente con cara de genio, le contestó:

-¡Qué bestia sos! -mientras agitaba la cabeza ¿acaso vos no sabés que la tierra se mueve?

-Agustín hizo un gesto de SI con su mejor cara de AMIQUÉÉÉ.

-¡Y bueno, pensá! -tomó su vaso con soda y lo movió acompañando la explicación.

-Cuando la tierra se mueve, tumba el mar para un lado y para el otro. Si se inclina para la Argentina, el mar se viene para acá y sube por la playa. En cambio cuando la tierra se "chinguea" para el otro lado, el mar se va para la china y le moja la playa a los chinos...

-¡Y de tanto ir y venir, se MAREAL... ¿entendés? -le recriminó chispeante de sapiencia mientras agregaba el infaltable:

-¡NOCIERTO, mááá...?

No del todo convencidos con la versión de Leticia, preguntamos:

-Y vos Juli, ¿cómo creés que es eso de las mareas?

Pensó un ratito y contestó con los ojos llenos de poesía:

-¿Viste que por las noches la luna estaba sobre el mar? -esperó a que afirmáramos con la cabeza y siguió:

-Bueno, como la luna era tan... PERO TAN grande, al entrar a dormir al agua, desparrama el mar por todos lados. Así, ¿ves? -y echó un bollo de pan en su plato lleno de sopa.

Mientras nosotros nos limpiábamos el caldo de gallina y cabellos de ángel de su ejemplo, él susurró con una caricia de recuerdos en la voz:

-Bueno...

al entrar al agua,  
La luna desparrama al mar  
Y salpica con olas de playa.

En "El libro de las respuestas sabihondas", CB Ediciones.

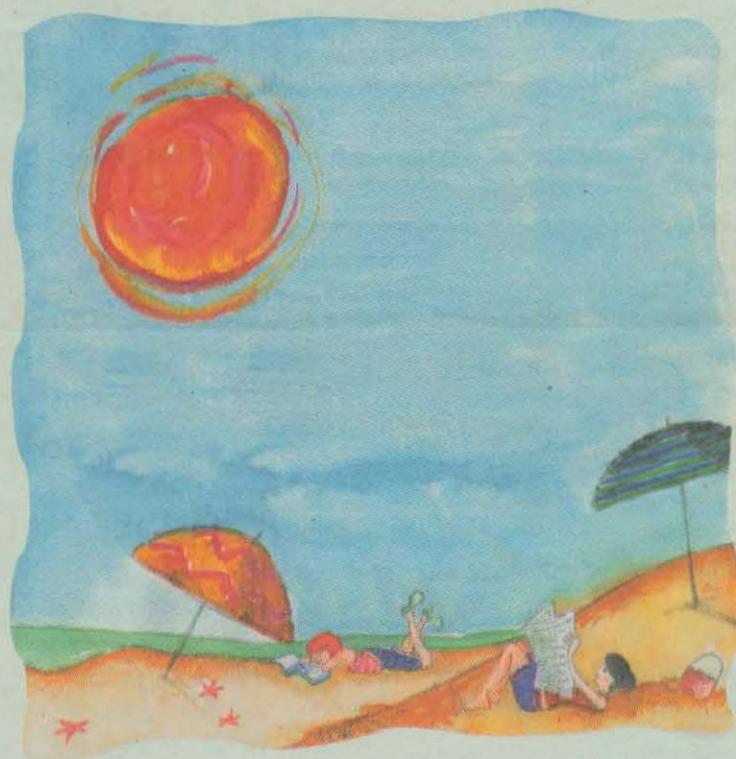


Ilustración por Rocío Arozarena.

## Trabalengua

Parra tenía una perra.  
Guerra tenía una parra.  
La perra de Parra  
subió a la parra de Guerra.

Guerra pegó con la porra  
a la perra de Parra.  
Y Parra le preguntó:  
¿Por qué ha pegado Guerra  
con la porra a la perra de Parra?

y Guerra le contestó:  
si la perra de Parra  
no hubiera subido  
a la parra de Guerra

Guerra no hubiese  
pegado con la porra  
a la perra de Parra.

en Color de ciruela 2. Editorial Kapelúsz



**Pasión por leer**



MINISTERIO de  
**EDUCACIÓN**  
CIENCIA y TECNOLOGÍA  
PRESIDENCIA de la NACIÓN

Campaña Nacional de Lectura

Con el apoyo de

Fundación  
**Noble**  
Grupo Clarín